

**Lo bueno de tener hijos**

En casa hay murciélagos:  
fuman, se duermen, acostados en el  
aire simplemente.  
Pero, es necesario ponerles, cerca, una tacita con  
sangre.

Marosa di Giorgio.

## Índice

1. Mudanzas
2. Navidad
3. Miku
4. Pasatiempo
5. 3 de mayo de 1997
6. Trámites
7. Feliz cumpleaños, mamá
8. Lluvia de perlas
9. El viaje
10. Regalos
11. Una pareja
12. Domingo
13. Procesos de reproducción
14. Desvelo
15. Jazmín
16. Lactancia
17. Castillos de arena
18. Lo bueno de tener hijos
19. Citas

## **Mudanzas**

—La fuente es de mármol y funciona —dice la empleada de la inmobiliaria y la señala ampulosamente, como si una cosa de por lo menos tres metros de ancho pudiera perderse de vista en ese patiecito. Asiento—. Cuando se demolió la casa, quedó en lo que ahora es este departamento. Una yapa, un plus de relajación —enfatisa mostrándome unos dientes anchos y parejos—. Los dos ambientes están bien: pisos de parquet, un ventanal con vista al patio, este con un poco de césped que crece en el espacio que no ocupa la fuente, pero con mucha luz. Buena ubicación: una calle sin salida, un pasaje a tres cuadras de la avenida, del subte, del ruido. Sí, un oasis.

Le pido un minuto para hablar por teléfono, ella cruza el ventanal y me dice que hable tranquila. Me siento, de espaldas, en la base circular de la fuente y noto que tiene un diseño de hojitas esculpidas en el borde, tréboles de tres hojas. Giro y apoyo los pies en el piso blanco. Papá me pregunta por enésima vez si estoy segura, si no prefiero quedarme unos días más.

—Siempre va a ser tu casa —remarca—. Pero no. La realidad es que necesito un lugar en donde estar sola. —Si vos la querés, está bien —concluye.

Antes de colgar, me da los datos que necesito para la garantía. Los anoto en un papel *tissue* que encuentro en la riñonera. Después papá se encargará de pasar por la inmobiliaria para arreglar todo lo demás. Nos entregan la llave ese mismo día y nos lleva toda la mañana siguiente ordenar los muebles. Comemos una pizza en la mesita ratona —la única que habrá en mi casa— pese a las quejas de papá que no logra acomodarse y sortear la distancia que queda entre el sillón y la comida. Después repaso un poco el piso de la cocina y él se ofrece a revisar la instalación eléctrica y el sistema de agua de la fuente. Todo funciona bien, así que le pido que se vaya. Quiero recostarme un rato.

La cama es demasiado grande para esta habitación. Al principio doy vueltas y vueltas; creo que debo de haber dormido algo porque cuando me despierto ha oscurecido. Ordeno la ropa que voy a usar y dejo la de verano dentro

de dos valijas. En un rincón encuentro la caja con los libros. Allí está “París era una fiesta”, que compramos en una feria en Cuba, el ejemplar de “Rayuela”, que trajimos de la casa de sus padres, y muchos otros que ahora son solo míos. Sobre una de las paredes hay un estante; ordeno los libros en orden alfabético (sé que Lupe odiaría eso), y ahora Borges convive con Dan Brown y un autor especializado en veterinaria; pero yo vivo sola y también era algo impensado. A la tardecita salgo al patio a fumar un cigarrillo. Papá ha llenado la fuente así que me siento de costado para no mojarme. El aire limpio enseguida se contamina. Aunque no hace calor, me descalzo y meto los pies en el agua. Siento un escozor al contacto frío y enseguida me acuerdo de una foto en el lago Lácar, los pies de Lupe y los míos. Termino de fumar y entro para ver si la encuentro, si es verdad que existe.

Las dos cajas que quedan por abrir dicen “adornos” y “baño”, en letras de imprenta con lapicera azul. Abro la primera y saco un portarretratos con la foto de las dos en la playa de Monte Hermoso; el primer viaje que hicimos con papá, serias y un poco alejadas, porque, por alguna razón estúpida, habíamos discutido y hecho todo el viaje sin hablarnos. Corro las trabitas y saco el vidrio y la foto. Meto la foto en cualquier libro y vuelvo a calzar el marco. Apoyo el portarretratos en el estante de los libros, ahora tiene una hoja de revista con la foto de otra pareja.

Al principio no lo reconozco pero después, cuando lo escucho por segunda vez, me doy cuenta de que es el sonido del timbre. Me acerco hasta la cocina donde está el portero: es papá.

—Te robo un segundo, te traje un regalo —dice y yo le grito que no quiero otro perro, ni una planta ni nada. Que apenas puedo conmigo y que... —Dale — insiste y a desgano presiono el botón del portero eléctrico. Entreabro la puerta y me voy para la habitación. Un ratito después aparece papá—. Intentalo. Si no, me lo quedo yo —dice y me extiende una bolsa transparente con agua por encima de la mitad, en la que restalla un pez grande y naranja.

—¿Qué es esto? —pregunto por decir algo.

—Un pez Carpa Koi, hembra. Para la fuente —aclarar. Me cuesta entender. Lo miro desconcertada. Después observo a esa cosa que hace piruetas y que da la sensación de que va a romper la bolsa y salirse de un momento a otro.

—¿Por qué? —balbuceo. ¿Se cree que porque paga el alquiler puede decidir si tengo o no mascotas? Estoy a punto de hablar pero él atraviesa el ventanal. Entonces lo sigo.

—Hay que traspasarlo con la misma agua —explica mientras abre la bolsa. Yo elucubro que los peces no deben vivir mucho y que seguramente, en breve, será la comida de algún gato del vecindario, o de algún pájaro.

—Traje un cobertor —dice papá, como si leyera mis pensamientos y abre una mochila que, recién advierto, lleva, de la que saca una especie de redcilla grande y transparente. Apoya la bolsa en la parecilla de la fuente y se ocupa de ajustar los precintos.

—Esto es demasiado —empiezo, y siento que me vienen ganas de llorar, pero papá me alcanza una lata naranja que dice "Koi Growth", en letras azules—. El veterinario me sugirió este ejemplar porque no suele padecer enfermedades, es sociable, pacífico y tiene una vida prolongada, de entre veinticinco y treinta años —me cuenta, aunque nadie le preguntó—. También mencionó que eran considerados peces de la suerte. ¡Dale, pedí un deseo! —dice mientras envuelve mis manos con las suyas. Me dan ganas de preguntarle a los gritos si me está cargando.

—Estar muerta. —Papá toma la bolsa y arroja el pez al agua. Lo hace despacio, dejando que el agua que lo aloja se mezcle con la de la fuente. El pez se detiene, mece levemente la cola y vuelve a estar quieto. Sube, baja hasta el fondo blanco y empieza a recorrer los bordes cóncavos de su nuevo espacio

—Tomá —murmura papá y me da la bolsa hecha un bollo—. A la basura.

Paso el resto del día tirada en la cama. No puedo leer, tampoco he podido llorar. Unas horas más tarde llega un mensaje: "No te olvides de alimentar a... No sé qué nombre le pusiste". No le contesto, hundo la cabeza en la almohada, hoy hace calor y pienso que debería bañarme. Hace dos días que no me baño. Antes de acostarme, salgo al patio para fumar. Me acerco a la fuente y lo miro del otro

lado del plástico cuadriculado. Está quieto, en un costado. Me quedo allí parada un rato largo, sin saber bien qué hacer. Depende de mí, aunque no requiera de grandes cuidados. Entro y pongo agua caliente en un hervidor. Saco de la alacena un paquete de fideos moños que está empezado. Voy hasta el aparador del comedor para buscar una botella de aceite. El ventanal está entreabierto. Lo cierro. Un pequeño farol alumbra el patio. Miro la pared medianera por si aparece algún gato. Se ha levantado viento y el cobertor flamea. Veinte minutos después ceno, sentada en una banqueta en la mesada de la cocina.

A la mañana siguiente me despierto temprano. Noto que la pared de enfrente a la cama está muy blanca, que tal vez debería colgar algún espejo. Pienso que a la tarde podría ir al Mercado de Pulgas a ver si encuentro alguno antiguo. Tal vez pueda prepararme un sándwich y unos mates, y almorzar en una plaza. Me vendría bien caminar, estirar un poco los músculos, pero no, no tengo ganas. Me dirijo a la cocina; el sol se cuele, intenso, por el ventanal. Otra cosa que tengo que hacer es pensar en buscar alguna modista que cosa unas cortinas, o comprarlas por Mercado Libre, mejor. El día está realmente cálido, por ser mayo. Abro la ventana y tengo la sensación de que me olvido de algo. Camino hasta la fuente y ahí está, desafiando la gravedad con sus movimientos. Recién entonces advierto que tiene unos lunarcitos negros y que las aletas son blancas. Debería alimentarlo. Busco el frasco y cuando lo destapo, el pez sube. Desgrano el alimento y siento un olor horrible, rancio, como a bacalao. Esparzo la comida y él la engulle en el acto. Me preparo un café y saco una silla al patio. Me ubico en el cuadradito de sombra que hay entre el jazmín amarillo y la fuente. Tengo ganas de fumar, me recuesto y cierro los ojos. Pienso en Lupe, que me diría que no fume antes del desayuno. Abro los ojos, se escucha el trinar de unos pájaros. Miro al pez, ondula en círculos, parece haberse acostumbrado a su nueva casa. “Yo debería hacer lo mismo con la mía”, pienso. El celular vibra y es papá que me pregunta qué nombre le puse, con el emoticón de una carita sonriente. Me muerdo los labios y niego; no sería capaz de hacerlo. “No es necesario que lo nombren”, empiezo a escribir, pero me arrepiento. Borro el mensaje y no contesto nada. Doy una pitada y cuando sacudo la mano, la ceniza cae al agua. El pez

detecta el ruido o el movimiento y sube. Rodea el círculo gris que poco a poco se deshace. ¿Se habrá quedado con hambre? Sigo fumando y pongo cuidado de que no caiga más ceniza ahí. Apago el cigarrillo en el pasto, tomo el frasco de alimento y lo abro. Dejo caer algunas escamitas al agua. El pez, que está inmóvil, nada hasta alcanzar la comida. Después vuelve al mismo lugar y se queda quieto. “Así es su vida ahora: comer y estar quieto, comer y moverse un poco, cada tanto”, pienso. Y entonces sí, lloro, sentada en el borde de la fuente.



## **Navidad**

Mamá dijo que esos días el centro era un loquero, que íbamos a esperar hasta la tardecita para salir. La abuela secaba los platos. Agarraba uno de la pileta –no teníamos secaplatos porque a mamá no le gustaba que todos los platos, cubiertos y vasos quedaran mojados ahí, a la vista–, y lo “paseaba” (decía mamá) hasta la otra punta de la mesada, chorreando el piso y, como había mucho para secar (porque mamá ensuciaba muchas cosas para cocinar, decía la abuela), inevitablemente se formaba un charco que mamá tenía que secar después de que la abuela terminaba. “Es trabajar el doble”, yo sabía que pensaba, pero papá quería que la abuela se sintiera útil y por eso le daban la tarea de secar los platos o poner la mesa.

Yo a la carta ya la tenía lista hace rato. La carta y la cocinita que había armado en un rincón de mi habitación, que también era la habitación de la abuela. Papá almorzaba en el banco y nosotras tres, después de comer, mirábamos el informativo y tomábamos té con limón en un jarro con bombilla que nos íbamos pasando. “La información necrológica”, dijo la chica del noticiero. Mamá armaba un centro de mesa con unas piñas y unas cintas de color rojo. “Baja el volumen”, me dijo, y yo agarré el control remoto pero la abuela hizo “shhhh” porque quería escuchar quién se había muerto. “¿No tiene puesto el audífono, usted?”, le preguntó mamá, pero ella no escuchó o se hizo la que no escuchaba, como pensábamos a veces. A eso de las dos y media ellas se fueron a dormir la siesta y yo me quedé acostada en la cama, sin dormir.

Mamá quiso esperar a que llegara papá para salir. Estábamos en la cocina pasándole pan rallado a la carne para milanesas, cuando él entró. Estaba transpirado y fue derecho para el baño. Mamá lo siguió. Yo puse un puñado de pan rallado y aplasté la carne. Mamá le dijo “son las seis y media”. Di vuelta la milanesa y cubrí la otra parte con el pan. Papá abrió la ducha. Puse más pan en el lado de la carne que ya tenía. Mamá cerró la puerta del baño. Pensé que cada milanesa que hacía era un sueño que se me iba a cumplir: La Barbie en casa.

Mamá hizo un bollo con la camisa blanca y la ropa interior que él dejó en la entrada del baño y lo llevó al lavadero. Después me dijo “vamos”. Y salimos, caminando para el centro.

El sol todavía quemaba y elegimos la vereda de la sombra. Me toqué el bolsillo del short para asegurarme de que la carta estuviera ahí. Ya desde la plaza podíamos ver la fila que se había formado en la entrada de la juguetería. Algunos se habían recostado en la pared para buscar la sombra. Justo al lado de la puerta había una mesa de plástico blanca con una sombrilla y, sentado junto a un buzón de madera, estaba Papá Noel.

Mamá se puso en la fila y yo fui a ver lo único que realmente me importaba: la vidriera más grande, el estante de abajo. Justo en el medio, entre las patas de rana y el juego de tacitas de té, ahí estaba ella, Barbie cocinera. Chaqueta y gorro rosa, pantalón a cuadros negro y blanco, pelo recogido en un moño, zuecos con taco, y una bandeja con un helado. La muñeca más linda del mundo, sentada, esperándome, contando, como yo, los días que faltaban para estar en casa.

Casi llegaba mi turno. Papá Noel posó en una foto con un nene que le sacó la lengua a la cámara. Él lo abrazó abajo del letrero de la juguetería y dijo “jo, jo, jo”. Después volvió a sentarse y se pasó un pañuelo de tela por el cuello. Me di vuelta y vi que la cola llegaba hasta la iglesia. Toqué el sobre que tenía en el bolsillo cuando escuché que mamá hablaba con alguien. La busqué, estaba un poco más atrás en la fila. Entonces giré y vi que le hablaba a una señora que tenía a un nene de la mano. La voz le salía distinta, como entrecortada. La reconocí. Era Irma, la compañera de trabajo de papá. Delante de mí había unas chicas que esperaban para sacarse la foto. Papá Noel había pedido que le trajeran un vaso de agua. La llamé a mamá. Irma salió de la fila y le tapó la cara al nene, y mamá le dijo: “Si todo el banco lo sabe, ¿qué me venís a saludar?”

Guardé el sobre y le dije a la señora que estaba atrás de mí que pasara, pero ella se puso a mirar para atrás. Entonces vi que mamá empujó a Irma. La empujó y se le salió una ojota. La nena que estaba delante de mí lloraba porque no quería sacarse la foto. Irma alzó a su hijo y empezó a caminar para el lado de la iglesia, pero mamá la alcanzó y se le puso adelante. Tiró una cachetada al aire.

La gente que estaba en la cola las rodeó. El hijo de Irma se puso a llorar. Yo me paré atrás de mamá. Ella tenía la cara colorada y había perdido la otra ojota. “¡A mí no, a mí, no!”, gritó y se abalanzó sobre Irma. Irma lo único que quería era que mamá se callara. Le dijo “está bien, Alejandra”. Pero mamá ya no era mamá, le agarró un mechón de pelo y le dijo “vos no me haces callar”. Irma trató de irse otra vez. Entonces mamá se agachó y quedó a la altura del hijo de Irma. Lo miró. Tenía los ojos hinchados y la voz ronca, otra vez. Y repitió, “vos no me vas a hacer esto, Irma, y ¿sabés qué?”, le dijo al nene: “Papá Noel no existe. Papá Noel son los padres”. El nene la miró con ojos de vaca. Primero se escondió detrás de Irma, agarrándose de la pierna pero enseguida deformó la boca y se largó a llorar. Gritó y lloró hasta que Irma le hizo upa y empezó a besarlo. Entonces mamá, que no era mamá, me vio y me dijo: “Son los padres, Mariana”. Yo miré para el lado de la juguetería. Papá Noel agarró un sobre y lo puso adentro del buzón. Hizo “jo, jo, jo”. “¡Son los padres, chicos!”, gritó mamá una y otra vez mientras corría de una a punta a la otra de la fila. Yo al principio la seguí pero después no pude porque se tiró al piso. La voz le salía cada vez más finita hasta que a lo último era un susurro, pero mamá no dejó de repetir eso.

La fila se deshizo. Algunas mujeres se llevaron a sus hijos, apuradas. Otras dijeron “¡qué barbaridad!”. A Irma no la vi más. Mamá se sentó contra la vidriera de la juguetería, tenía los pies negros. Entonces vino el dueño con una policía que le dijo algo a mamá y después se la llevó; él empezó a bajar las persianas metálicas. Yo me fui hasta la entrada de la iglesia para que no me llevaran a mí también.

Se escucharon dos campanadas. Era día de confesión. Me senté en el escalón de la entrada. Saqué el sobre del bolsillo. Mi letra escrita con lápiz negro. “Querido Papá Noel. No hay nada que quiera más en este mundo que tener a Barbie cocinera. Soy Mariana y tengo seis años”.

“¡Mariana!”, escuché. Papá y la abuela me llamaban desde el auto. Me abrieron la puerta y papá me alzó para subirme. “¡La carta!”, pedí mientras él me sentaba y me abrochaba el cinturón. Miré para el lado de la juguetería. Ya no quedaba nadie. Solo lo vi a Papá Noel. Se le habían salido la barba y la gorra.

Tenía el pelo oscuro y ondulado atado en una colita. Se agachó y juntó las cartitas que estaban desparramadas en el piso y las tiró en el tacho de basura de la esquina. Después se prendió un cigarrillo. Papá arrancó, y nos fuimos para casa.